

## COLÓN

Merienda-cena en Sol: bocadillo de calamares y cerveza, en un figón que huele a aceite pasado. Y para quienes no quieren consumir el pedido en plena calle, una salita alicatada de blanco, ceñida en todo su contorno, salvo el hueco de la puerta y el lado ocupado por el mostrador, por una repisa de mármol que sirve de mesa para comer de pie. Elegimos el rincón más resguardado, apoyamos los botellines en la repisa, entreambrimos los envoltorios. El aceite caliente despierta aromas dormidos en el papel de estraza, humaniza el olor de la fritanga, le da un punto de intimidad, un vago perfume a maderas limpias y a atenciones domésticas. El pan se ha esponjado al calor de las rodajas de calamar, la miga ha absorbido el exceso de aceite —un aceite impalpable, volátil, con algo de lubricante de máquinas—. Mordemos nuestros bocadillos con evidente satisfacción, con una glotonería en la que se aúnan los placeres diversos, casi irreconciliables, que producen, respectivamente, la textura del rebozado, la blandura del calamar, la esponjosidad de la miga empapada. Nos sentimos casi unos sibaritas: damos por bien empleadas las cincuenta pesetas que cuesta el bocadillo, las treinta del quinto de cerveza, la luz enferma, el blanco leproso, la vaharada que despide el aceite que hierve en el perol, el rostro rubicundo del empleado que devuelve el cambio con una mano grasienta y cansada, hecha

también de pulpa reblandecida de animal marino.

Fuera hace frío. Los primeros fríos de octubre. Dos semanas atrás todavía era posible pasear en manga corta. Ya no. Una lluvia breve, nerviosa, irregular, ha enfriado el aire. Eso, hasta ayer. Hoy ya no quiere llover, pero el aire conserva el frescor del agua caída y la temperatura ha descendido unos grados. Me he puesto por vez primera la cazadora tejana, la única prenda de abrigo que traía en el equipaje. Poco a poco, casi sin darme cuenta, he ido abrochando botones, empezando por los de abajo, y ahora ando tentado de subirme el cuello. Todos tenemos frío. Marga se ha puesto su gabardina incombustible, larga, fantasmal. Luisa lleva un jersey grande, que hace el efecto de envolverla blandamente, como si la llevaran entre algodones; su propio andar parece resultado de esta sugestión: avanza con pasos sinuosos, sin hacer ruido, el gesto reconcentrado y casi maligno de quien disfruta de algún privilegio de imperceptibilidad. Ana hunde sus manos en los bolsillos insondables de un cárdigan vencido, de cuello protuberante y tacto aborregado y sucio.

En el figón aún pasábamos por ser los mejor vestidos. Pero ahora, calle Preciados arriba, ofrecemos un aspecto más bien lamentable. La gente se aglomera en las puertas de los grandes almacenes. Compras escolares masivas, justificadísimas, cargadas de coartadas. Las madres acarrean grandes bolsas con ropa de invierno. Los estudiantes portan paquetes misteriosos, furtivos, en los que lo mismo cabe una caja de compases que una flauta dulce o un manual de obstetricia. Sólo nosotros avanzamos con las manos vacías, y ahora el regusto aceitoso del bocadillo y el punto amargo de la cerveza nos pesan como un remordimiento.

Propongo tomar una primera copa. No por allí, aclaro: los bares de esta zona son demasiado caros. Damos la vuelta, bajamos la calle Mayor, cruzamos la plaza y nos adentramos en la Cava Baja. Encontramos un bar que nos inspira confianza: la misma luz enferma de antes, el suelo cubierto de serrín, las paredes amarillas. Vermús a cuarenta pesetas. Me desabrocho dos botones de la cazadora, Ana saca las manos de los bolsillos, Luisa se esponja y casi se adormece al calor de las volutas de lana, Marga se quita la gabardina.

Hablamos.

Ni que pensar en comprar libros. Luisa intentará que se los preste algún compañero de un curso superior. Ana esperará a ganar algún dinero: pronto la llamarán para posar en Bellas Artes. A Marga sus padres no han podido mandarle aún el importe de la matrícula. Yo aguantaré en Madrid algunas semanas más, hasta que se me acabe el remanente de la beca del año anterior... De vez en cuando, pienso, es bueno constatar esta descorazonadora falta de recursos: lo poco que se tiene, por inútil, pierde incluso su escaso valor y se gasta más alegremente. Propongo otra ronda. El camarero la acompaña con unos cortes de pan con pedazos de anchoa. No sabemos si es el sabor áspero de la anchoa o la frialdad del segundo vermú lo que acaba de destemplarnos. Un mismo escalofrío nos recorre a los cuatro. Cada cual se arrebujá como puede en su indumentaria. Inconscientemente, tendemos a juntarnos más, a hablar en conciliábulo. Marga saca una baraja.

—Voy a leeros el porvenir.

La propuesta, al menos, proporciona una buena excusa para mantener ese aire de confidencialidad en el que parece más fácil calentarse. De hecho, entre los

cuatro sólo media el mínimo rectángulo necesario para extender ocho cartas. Marga maneja la baraja con decisión de profesional, y sólo cuando juzga que hemos tenido tiempo de asimilar las ominosas sugerencias de las cartas que va sirviendo acompaña la puesta con un gesto intrigante de pitonisa. De pitonisa, digamos, sobrevenida, después de haber encontrado la baraja en el bolsillo de una gabardina vieja y juzgar el hallazgo el único medio honorable de ganarse la vida en un país digno de tal gabardina, de ese bar, de la baraja sobada, del barrio.

A Ana le pronostica un viaje. A Luisa, un romance tórrido, que acabará mal. A mí, una sorpresa, no sabe si agradable o desagradable. Casi al unísono, le pedimos que lea también su propio futuro. Se resiste un poco, casi protocolariamente. Luego extiende las cartas con solemnidad. También un viaje. Y dinero, mucho dinero en perspectiva, aunque para ganarlo deberá traicionar a un amigo. Risas. Y la sensación clara, quizá compartida, de que las luces parpadean —efecto de la propia distensión muscular causada por las risas— y de que el lugar queda un punto más oscuro, como si hubiese habido una caída de corriente. Volvemos a sentir el escalofrío de antes, aunque quizá esta vez no tan bien repartido: da la impresión de que Marga se lleva ahora la peor parte, por ser la más desabrigada. La vemos ponerse rápidamente la gabardina, recoger las cartas, apurar el sorbo de vermouth que quedaba en el vaso. Abandonamos el local.

Volvemos a Sol. La plaza se ha llenado de tipos taciturnos, de corrillos, de mujeres agrias. Los quioscos han cerrado. Calle Preciados arriba, la multitud se desvanece y pierde pulso. Deben de haberse agotado los libros

de texto y las cajas de compases. Bajamos por Alcalá. Otro día, con otro ánimo, quizá hubiésemos entrado a tomar algo en la cafetería del Círculo. Pero nos queda poco dinero (ya lo he dicho), y algo nos dice que no queremos volver a casa hasta mucho más tarde y conviene economizar. A diferencia de otras zonas de Madrid, ésta sí transmite una clara impresión de opulencia, algo contagiosa. El Círculo, la Unión y el Fénix, la propia Cibeles, parecen recién salidos del horno: los focos les prestan una cualidad dulce, de estampa de chocolatina o fotograma antiguo, que hace olvidar las luces desabridas de la Cava Baja o La Latina, el sabor aceitoso del bocadillo, la destemplanza que causan los vermús con anchoas... Una inoportuna asociación de ideas rompe el hechizo: en Turner, el otro día, robamos —las niñas robaron para mí— unos cuantos libros ingleses. Una antología de poetas románticos, otra de la *beat generation*, una biografía de Poe. Todo parecía demasiado obvio: los bolsillos inflados de Ana, el bolso abultado de Marga, el vientre de preñada —de una extraña preñez cuadrangular— que exhibía Luisa. De un momento a otro, pensé, sonaría la alarma, acudiría el guardia de seguridad, seríamos conducidos a la trastienda y retenidos hasta la llegada de la policía. Pero no pasó nada. Examinamos el botín, satisfechos, en una cafetería de Princesa. Y terminamos la noche bebiendo una jarra de sangría en las Cuevas de Sésamo y pidiéndole al pianista que nos tocara “Te doy una canción”.

Ahora, como entonces, las luces de Cibeles nos hacen demasiado conspicuos. Y, sin embargo, también pasamos desapercibidos. De nuevo, tenemos conciencia de ofrecer un aspecto lamentable. “Mañana iremos a robar ropa a Galerías”, dice Marga. Y, como huyendo

de los peligros inminentes derivados de esa proposición, apretamos el paso.

Desde Recoletos, el cielo es más ancho, más expuesto, más frío. Las copas de los árboles, más que resguardar, parecen fijar al suelo el estrato más bajo de ese cielo helado, un reborde sucio de luz de farolas demasiado espaciadas y resplandores de oficinas con ventanal a la calle. Los árboles no hacen sino balizar el túnel frío, señalar el camino. Esta vez sí me abrocho todos los botones y me levanto el cuello, igual que hace Ana con su cárdigan vencido y Marga con su gabardina. Luisa es la única que no tiene ese recurso, y la vemos apretar los brazos cruzados y encogerse como si intentara retener el calor que se le escapa. Por un momento, la textura porosa y suelta de su jersey me sugiere la idea de que esa pérdida es irrefrenable, como un líquido que se escapase por una tela agujereada. Le ofrezco mi cazadora, que ella rechaza. Y así llegamos a Colón.

Nos sentamos al filo de un arriate. La frialdad de la piedra atraviesa la tela de los tejanos. “Tengo el culo como un polo de fresa”, dice Marga. “¿Por qué de fresa?”, pregunto. “Por el color. Lo debo tener coloradito, del frío”. Alguien propone comprar una botella en la primera tienda de ultramarinos que encontremos abierta. Hacemos una colecta y elegimos por sorteo al encargado de hacer el recado. Le toca a Ana. En Monte Esguinza, sugiere Marga, hay una tienda de comestibles. La vemos cruzar en dirección a Génova, por la esquina opuesta al Museo de Cera. Se nos hace interminable el instante que tarda en cruzar el paso de peatones, ganar la acera opuesta, perderse en la primera esquina. El frío dilata el tiempo. Luisa, aterida, se levanta y se pone a recorrer un tramo de acera, de un

extremo a otro y vuelta a empezar. “Si sigue así mucho rato, le van a salir clientes”, dice Marga. Intento decir algo mordaz, o al menos ingenioso, para pasar el rato. Es extraño que nos hayamos quedado solos. Intento besarla y ella aparta la cara. “Joder, no seas pegajoso”. Noto un acceso de calor en las mejillas. Por contraste, la sensación de frío en el resto del cuerpo se hace más intensa. Tengo la certeza de que la cazadora vaquera resulta perfectamente inútil. Me la quito, me acerco a Luisa, se la echo por los hombros. Esta vez no la rechaza. Volvemos a sentarnos los tres y fijamos la vista en la esquina por la que ha de aparecer Ana.

Pero algo nos llama la atención en la esquina opuesta, en una de las terrazas semicerradas que hay en las inmediaciones del Museo. Es una cafetería de lujo. Un camarero de chaquetilla corta y pajarita sortea ceremoniosamente las mesas redondas. Cada vez que se agacha para dejar sobre alguna de ellas una bebida insinúa una especie de reverencia que no llega a terminar, pero que queda en el aire como una más de las atenciones incluidas en el precio de la consumición. Hay amplios macetones que dan al espacio cubierto un cierto aspecto de invernadero. Y lámparas con pantallas de colores cálidos e íntimos, que difunden en el espacio semiacristalado un resplandor entre anaranjado y rojizo, con zonas donde las luces opuestas se neutralizan en amplios repliegues sombríos. Casi creemos percibir la música: un bolero ligero, o quizá una *bossa nova*. Un ritmo adormecedor, como debe de serlo la temperatura tibia del lugar. Cierro los ojos, para oír mejor la música y para buscar en los recovecos de mi cuerpo frío algún rescoldo de esa tibieza intuida.

Al abrirlos, veo una figura que se mueve transversal-

mente por la terraza. Bordeando los macetones, como un barco a toda vela que se abriese camino entre un archipiélago de islotes rebosantes de vegetación, avanza una mujer alta, vestida de rojo. Más que sus movimientos, demasiado lentos para resultar discernibles desde donde estamos, es la ondulación rítmica de la falda lo que sugiere que la mujer baila al son de la música. Un hombre se levanta, la toma de la mano. Y entonces sí, no cabe duda de que la pareja esboza una coreografía perfecta, muy ensayada; o, mejor, innata, infundida en los miembros de ambos en el momento mismo de nacer, o quizá aprendida de los movimientos ceremoniosos de una madre solícita y distante, que sólo aparece por la habitación de los niños para dar su visto bueno a las disposiciones de la niñera y dejar en la mejilla de los niños una caricia cálida y perfumada.

También el tráfico ha disminuido y la música nos llega ahora con mayor precisión: una rumba lenta y melancólica, quizá un tango, aunque los bailarines no condescienden a los dramatismos del tango ni a los desplantes descarados de la rumba, y sí, ella, a un suave contoneo que presta a su cintura una cualidad de intangibilidad, y él, a una condescendencia respetuosa y distante.

No sabría decir cuánto duró. Quizá lo que tardó Ana en llegar con la botella de ginebra. Quizá (pero esto no es posible) lo que tardamos en bebérsola. No dijimos palabra, no hasta que alcanzamos, tras una nueva caminata, esta vez silenciosa, las calles familiares de La Latina o Lavapiés.

—Mañana sin falta —dice Marga—. Necesito una falda vaquera y unos leotardos.

La miro, miro a las demás. Los cuatro sabemos que

lo que Marga necesita, lo que necesitamos todos, es otra cosa. Todavía resuena en mis oídos la rumba melancólica. Sin decir nada, nos vamos a dormir. Marga y yo juntos, para darnos calor.

